—Ven, — dijo, — ven y verás.

Corrí dejando caer las guindas que aun tenía en el delantal. Haciendo compañía á las gallinas, había en el corral unos quince ó veinte pollinos, medio asustados por el nutrido fuego de fusilería que cada vez sonaba más cercano.

Buscándonos andaban las monjas, azoradas también, no sólo por el estruendo, sino por el temor de que la batalla se resolviera desfavorablemente para los suyos, como sucedió; pues tras reñida lucha, prolongada hasta la caída de la tarde, la serena bizarría de las tropas isabelinas, y el intrépido y eficaz apoyo de los nacionales, hicieron completa la victoria.

Ya de noche nos sacaron del convento; y por mi parte, al llegar á mi casa, subí á escape las escaleras, atravesé las habitaciones, hasta dar con aquélla en que se encontraba mi padre, y saltando sobre sus rodillas le abracé, diciéndole al oído:

—Tengo mucha hambre, papá.

—Pues que, ¿no te han dado de comer las monjas?

—Sí, sí; pero no hemos querido más que guindas, — exclamó de improviso Manolito, añadiendo con gravedad infantil: — las monjas eran carlistas.

Mi padre se levantó del sillón de cuero en que estaba sentado, me pasó á los brazos de mi madre, acarició á Manolito sonriendo, y dijo á los oficiales que le rodeaban:

—Este será un verdadero liberal, por la altivez y fueros que manifiesta desde tan pequeño.

Pero faltaba lo mejor, el remate gráfico para nuestra odisea.

—En el corral de Portaceli, había quince ó veinte pollinos, — dijo de repente el padre de Manolito, distraído hasta entonces con la charla de su hijo.

—¿Quién lo dice?

—Este niño, — contestó Daviña.

Tales palabras fueron una revelación para mi padre.

—Serán para bagajes de los carlistas, — dijo: — las monjas los tienen reservados para eso.

Y dando una orden y ejecutándola inmediatamente, se procedió al secuestro de los animalejos, muy ajenos del papel importante que representaban en la referida lucha.

Y he aquí como dos niños tomaron parte activa en los sucesos memorables de aquel día.

. . . . . .

Tengo en la mente otro recuerdo ligado con el anterior, y exacta fotografía de la vida anormal y azarosa de aquellos tiempos. A pocas semanas del combate librado á las puertas de Valladolid, quedó de nuevo la antigua ciudad histórica desguarnecida de tropas, cuando de improviso oyéronse por sus calles y plazas el redoble de los tambores y las descargas de fusilería: eran los carlistas que se apoderaban de la capital castellana.

La primera medida de su autoridad fué la publicación de un bando imponiendo pena de la vida á todos los que, poseedores de armas y uniformes, no los entregasen en el término de veinticuatro horas.

He dicho que mi madre no pecaba de cobarde, y además tenía gran fuerza de voluntad para arrostrar de frente los peligros.

A la primera noticia de que los carlistas eran dueños de la población, concibió la idea de ocultar las armas y cuanto mi padre no había llevado consigo.

Un asistente fidelísimo y honrado ayudó á mi madre, y nadie sino él era sabedor del escondrijo.

Pasaron tres días, al cabo de los cuales se supo que las tropas de la reina adelantaban á marchas forzadas para obligar á los carlistas á que desalojaran la ciudad.

No hay para que pintar el júbilo de los vallisoletanos, que aumentó al saber pensaban los enemigos evacuar la capital antes de la llegada de los isabelinos.

En mi casa había inquietudes y temores. El asistente Perico, no parecía hacía más de veinticuatro horas, y puede juzgarse del espanto de mi madre al verlo entrar ataviado con el uniforme carlista.

En manos de Perico estaba su vida, puesto que podía delatar la existencia de armas y uniformes escondidos, después de haberse publicado el famoso bando.

—Señora, señora, por Dios, perdóneme usted, — exclamó; — yo no soy ni un pícaro, ni un traidor; por mi nada se sabrá, antes me maten. ¿De dónde dirá usted que vengo? Pues del cuartel, de comer el rancho de esos malditos.

—No entiendo por qué.

—Muy sencillo, señora: entre los soldados tengo un hermano mío, que al caer en quinta dejé allá en la aldea... y con él me voy; nada, no hay remedio; no podría disparar un tiro; quién sabe si aquella bala atravesaría el corazón de mi hermano.

Gruesas lágrimas corrían por el tostado rostro de Perico, de aquel soldado que tantas veces habíame llevado en brazos y á quien yo profesaba singular cariño.

Con sencillas palabras tranquilizó á mi madre; con el corazón en los labios calmó su zozobra, y al toque de marcha me besó llorando y abandonó mi casa.

LA BARONESA DE WILSON

JOSE LLOVERA

CHULA

EL FRATRICIDA

DESPUÉS de la derrota del Guadalete, los moros se extendieron por toda España y únicamente dejaron á los hijos del ibérico suelo las inaccesibles montañas.

Alzó el noble Pelayo su bandera cristiana en Asturias, é hizo lo propio el señor de Albarzuza y de Bigorra, llamado Iñigo Arista, en las montañas de Aragón.

El triunfo fué grande, pero faltaba para completar la obra empezada en el Noroeste, el inquebrantable valor del conde don Ramón Berenguer — *Cap de estopa*, — el cual, en unión de sus dos hijos Berenguer Ramón y Ramón Berenguer, arrojó á los árabes del Principado de Cataluña.

Después de continuadas victorias, el anciano reconquistador entregó el alma á Dios, dejando la herencia de la corona condal á sus dos hijos; pero como Ramón Berenguer era menor de edad, mandó que Berenguer Ramón ejerciese el mando hasta que el otro se hallase en aptitud para compartir con él los cargos de padre y Jefe del Estado.

Mahalta, hija de Roberto Griscardo, rey de Normandía, y viuda de *Cap de estopa* en segundas nupcias, tuvo de él un hijo conocido en la historia por Berenguer II, y casó con Aymerico, el cual, viudo también, aportó á su segundo matrimonio una hija llamada Hermengarda.

Formó parte de la lucida tropa del difunto conde, el valeroso joven Ramón de Folch, vizconde de Cardona, y todos ellos seguían con firme propósito en las mismas máximas é inspiraciones que de aquel héroe recibieron; mas la ambición de Berenguer Ramón hizo palidecer en la paz conquistada las glorias de Cataluña.

***

Era un magnífico día de primavera. A las puertas del Palacio condal se veía una brillante cabalgata venatoria, que al aparecer los condes herederos, partió veloz á internarse en las revueltas sendas de la sierra.

Fué Ramón Berenguer más allá de donde debiera, y Folch, que seguía á una cierva acosada, la disparó una flecha que la dejó muerta. Mas ¡cuál fué su sorpresa cuando al ir á reconocer el animal en una pequeña esplanada cercada de arbustos y jaras, vió á Ramón Berenguer tendido sobre la hierba, atravesado el pecho por un puñal!

Vanos fueron los esfuerzos del noble caballero por volver á la vida al infortunado conde.

La consternación de cuantos otros acudieron al llamamiento, no es fácil de explicar.

Berenguer Ramón se deshizo en lamentos y suspiros; y tornada en tristeza la alegría, volvieron todos á Barcelona, no menos aterrados que el pueblo, el cual al enterarse de tan triste nueva, sintió el más acerbo dolor, llorando por mucho tiempo la pérdida del conde; porque la bondad y virtudes de su carácter, completamente opuesto al de Berenguer Ramón, tenían cautivados los corazones.

Pasaron los años, y aquel recuerdo fué palideciendo merced al influjo del tiempo, menos para Ramón de Folch que poseía aquel malhadado puñal, en cuyo pomo se veían primorosamente cinceladas las armas y corona de los condes de Barcelona.

¿Fué un suicidio? No, por que el cadáver de Ramón Berenguer conservaba la daga envainada pendiente de su cinturón.

La sospecha del buen vizconde de Cardona fué comunicada á Mahalta y á su esposo Aymerico, padre, como sabemos de Hermengarda, por la que Folch sentía una inmensa pasión; tan grande como la que por la misma sentía Berenguer II, hijo, según queda expresado, de Mahalta y *Cap de estopa*; y, por tanto, presunto heredero de la corona condal.

***

Cerca de Carcasona, en los confines del norte del Principado, habitaban en su formidable castillo Aymerico y Mahalta con Hermengarda.

El Infante Berenguer visitaba á su madre siempre que encontraba ocasión para escapar á la vigilancia de su tío Berenguer Ramón, como se recordará Conde soberano de Barcelona.

También Folch visitaba cotidianamente aquella fortaleza; y al hacerlo así, dos intentos le guiaban: el primero, conspirar juntamente con otros contra la vida y trono del ambicioso fratricida, y el segundo, contemplar la sin par belleza de la hija del dueño del castillo. Pero ésta, prendada del Infante, no sentía en su corazón por Folch, sino una amistad sincera.

Vanos fueron todos los esfuerzos del Vizconde por despertar una pasión igual á la suya en el alma de Hermengarda. Con el valor propio de aquellos heroicos almogávares de los tiempos de hierro, supo imponer silencio á sus celos, dejando al Infante libre la plaza del amor. A no contenerle la obligación de vengar la muerte de Ramón Berenguer, hubiérase apartado de su tierra para buscar en las batallas una muerte gloriosa.

JOSE LLOVERA

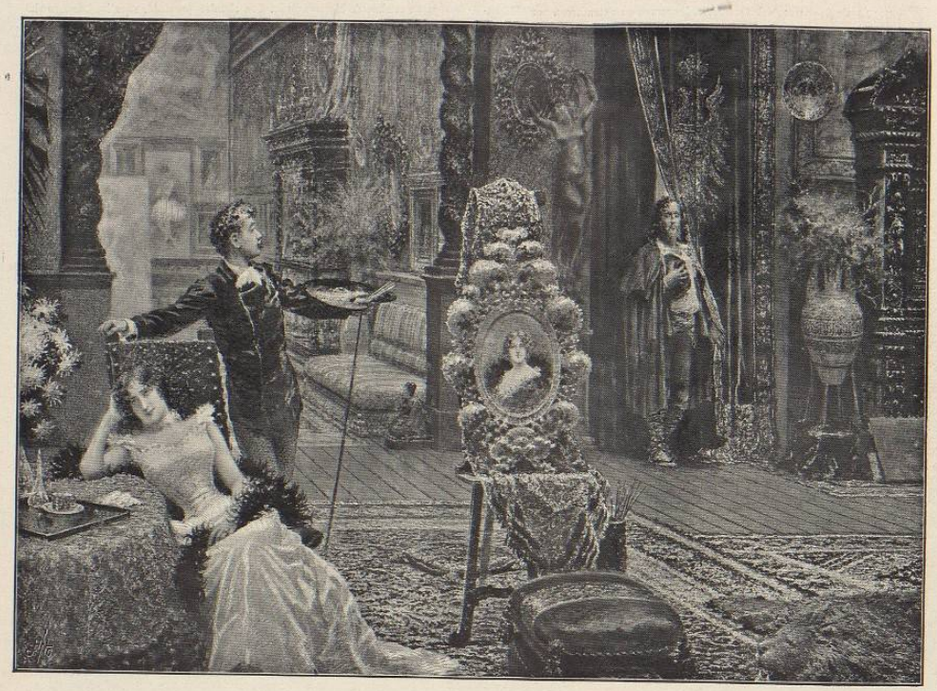
ARISTOCRATA

Después de continuados coloquios entre los nobles conjurados, partió Folch á tierra extraña con un misterioso objeto, pero antes de partir dijo á Hermengarda: — Os amo con todo el ardor de mi corazón guerrero; pero sé que vos no podéis amarme, porque vuestro amante es el que yo pondré en el trono condal para que con él compartáis la corona que le ha sido usurpada por su tío.

Dicho esto, cabalgó y muy pronto perdióse el eco de las pisadas de su corcel en la espesura de los encinares.

Aquel rasgo de romanticismo enterneció á la sorprendida joven, pero, como Folch había dicho, era imposible dar otro rumbo á sus amores.

***



LOS DOS MODELOS

Poco tiempo tardó Folch en conseguir su principal objeto. Después de avistarse en Madrid con el Emperador de Castilla Alfonso IV, que le prestó una lucida tropa de donceles y escuderos, se presentó ante Berenguer Ramón retándole á singular combate, como autor de fratricidio alevoso y traidor.

Admitido el reto, verificóse el duelo, á guisa de juicio de Dios, en el mismo Madrid y ante el Emperador, y Berenguer Ramón perdió la vida á manos del Vizconde, convicto y confeso de su crimen.

Con esto se coronó el Infante en Barcelona, y ya dispuestas sus bodas con Hermengarda, partió Folch á Jerusalén en la Cruzada dispuesta por el Concilio de Claramonte, con el fin de que se reconquistase el sepulcro de Jesucristo; pero antes de separarse de aquellos seres queridos, negándose á admitir los títulos y honores á que se había hecho acreedor por su heroico proceder, explicó á Berenguer III — antes Infante — su resolución en estos términos:

—He amado á Hermengarda; la amo aún... y voy á buscar en el estruendo de la lucha el olvido necesario á esta imposible pasión.

Dicho esto al oído de Berenguer, después de abrazarse entrambos, partió Folch al frente de sus lanzas en medio de atronadores vítores.

A los seis meses, el cadáver del infortunado Vizconde era depositado en el castillo de Carcasona. Su caballeresco esfuerzo le condujo á la victoria; su amor, á la muerte.

Tanto romanticismo ha conquistado á su memoria un lugar preferente en los anales de Cataluña.

¡Gloria á los héroes!

LUIS VEGA-REY

UMARIO del próximo número (SEMANA SANTA) correspondiente al día 1.º de Abril.

CUBIERTA EN COLOR, por Cecilio Plá.

Caricaturas, por Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Excmo. é Ilmo. Obispo de Barcelona.*

Domingo de Ramos. } Cuadros de Más y Fontdevila.
Un monumento. }

Una mesa petitoria. Cuadro de Seriñá.

PÁGINAS EN NEGRO: *Orlas alegóricas á la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor*, por Passos.

El arte y el cristianismo en España: artículo de Francisco Miguel y Badía.

Palestrina y Victoria: artículo referente á música religiosa; de Felipe Pedrell.

El Paso del Santo Entierro: artículo de Francisco Gras y Elías.

Contendrá además varios artículos inéditos, de distinguidos escritores sagrados, y poesías alusivas á la Semana que se conmemora.

MOSAICO:

REGALO: *Pie Jesu—Impromtu.* Música original del eminente maestro Buenaventura Frígola, para tenor y orquesta. Reducción al piano de C. M. I. — Ilustración en color, de Passos.

NOTAS IMPORTANTES

Ha dejado de pertenecer á esta Redacción, D. Vicente Suárez Casañ.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores, que llevados por el deseo constante de dar á nuestra publicación toda la amenidad compatible con su primordial objeto, inauguraremos en breve una *Sección de Sport*, á cargo de personas idóneas y autorizadas en la materia, seguros de que los aficionados á las cultas é higiénicas diversiones comprendidas bajo ese nombre general, verán con gusto tal innovación.

En el artículo biográfico del malogrado pintor Llovera, hemos incurrido en dos errores, que, sin embargo de su excasa importancia, nos apresuramos á subsanar.

El primero (pág. 158, col. 1.ª, lín. 2.ª) consiste en atribuir á Valera, la dirección del *Gil-Blas*, cuando aquél dibujaba para dicho periódico; siendo así que el verdadero director era Luis Rivera.

El segundo es haber escrito con *Ch* el apellido nobiliario del actual Ministro de Fomento (pág. 158, col. 2.ª, lín. 10) que en realidad es Xiquena.

Aun que, para la generalidad hubieran pasado ambos desapercibidos, satisfacemos nuestros escrúpulos haciendo esas aclaraciones.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria. Impreso por F. Giró. — Papel de Sres. de Torras Hnos. — Lit. Labielle.

Fot. Napoleon

LITOGRAFIA M. MIRADES. BARCELONA

EXCMO. É ILLMO. SR. D. JAIME CATALÁ Y ALBOSA

OBISPO DE BARCELONA.

No nos proponemos escribir una biografía que ponga, una vez más, de manifiesto la gigantesca figura del venerable Prelado cuyo nombre encabeza estas líneas; pues sólo para reflejar algo del colosal triunfo recientemente obtenido en las Misiones por él iniciadas y dirigidas, necesitaríamos un espacio mucho mayor del que podemos disponer. Reducido es éste; y por eso, esperando ocasión más favorable, debemos concretarnos, con harto sentimiento por nuestra parte, á convertir lo que debiera ser extensa biografía en simples apuntes cronológicos.

Arenys de Mar es su cuna, y en élla, en la hermosa villa citada, vió la primera luz, en Noviembre del año 1835. Desde sus primeros años, mostró vocación para la carrera eclesiástica. Su educación corrió á cargo de los P. P. Roda y Fita; y tales fueron sus progresos y tan notables sus talentos que, al dársele en el Seminario de Gerona, el orden de Subdiaconado en 1856, nombrósele Catedrático de aquella Universidad católica. No pasaron desapercibidos para el Prelado de aquella diócesis las excepcionales condiciones del joven Subdiácono, en vista de las cuales, dispensóle la gracia de poder cantar misa á los 23 años de edad; pasando casi inmediatamente á desempeñar el cargo importante de Secretario particular del Arzobispo de Tarragona, Dr. Costa y Borrás, á cuyo lado permaneció hasta su muerte.

Pero, como el talento, al igual que el fuego, no pueden permanecer ocultos, conocido aquél, á pesar de la modestia excesiva del joven Presbítero, destinósele, en 1867, como Director espiritual al Colegio de Ursubinos de Madrid, donde fué colmado de honores tan elevados como merecidos. Capellán de S. M. y Abreviador del Tribunal de la Rota, fué preconizado obispo de Cádiz en febrero de 1879. Invitado más tarde al Arzobispado de Sevilla y á la Mitra de esta diócesis, vacante á la sazón, renunció aquellos cargos; pero el Papa León XIII, indicóle la conveniencia de aceptar la última, cuya silla episcopal ocupó en 1883; en la que sigue, para bien de nuestra diócesis, aun cuando á ser menos su modestia y amor á su rebaño diocesano, pudiera haber pasado recientemente á la Arzobispal de Valencia.

***

LA FIESTA DE LOS RAMOS

Ahí le tenéis. Miradle.

Todo humildad, todo compasión, todo cariño, todo indulgencia; los poderosos le temen, los desgraciados le imploran, los niños le aman y los que le infaman se confunden.

Ya llega. Vedle.

Cabalgando en una pollina, rodeado de sus discípulos, la multitud le aclama con entusiasmo.

¡Hosanna! ¡Hosanna!—gritan hombres, mujeres y niños, arrojando sobre el camino sus mantos, sus vestidos, para que sirvan de alfombra al que se acerca.

La juncia, el tomillo y el romero llenan el ambiente de purísima fragancia.

Ramos de olivo y de palmera forman ondulantes arcos, bajo los cuales va pasando el que llega en nombre del Señor.

Ya está próximo á las puertas de Jerusalén. La gritería aumenta, el entusiasmo crece, la multitud es más compacta, más espeso el bosque de palmas y olivos.

¡Hosanna! ¡Hosanna!—dice aquel alarido inmenso, lanzado por una muchedumbre delirante.

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! — gritará dentro de poco aquella misma muchedumbre, en el delirio de la cólera y el odio.

Porque no hay nada tan tornadizo y tan inconstante como la voz de las muchedumbres.

El ídolo que hoy ensalzan, mañana lo destruyen sin piedad.

¡Qué delirante alegría la de aquel pueblo!

En cambio, en el que recibe tan gran homenaje ¡qué suprema serenidad! ¡qué inefable dulzura!

Camina hacia la muerte, y sin embargo sonríe.

Las profecías debían cumplirse. Lo que estaba escrito había de realizarse.

¿Le véis bien? Ya está más cerca.

¿Quién es ese hombre cuya mirada es más dulce que la miel, cuyo aliento es más perfumado que el incienso y el áloes, y cuyas palabras van directamente á curar las heridas del alma?

En el mayor desamparo había nacido, y estaba destinado á amparar todos los dolores, todas las lágrimas, todos los infortunios de la humanidad.

Pobre fué su origen, y sin embargo, los más poderosos de la tierra hubieron de estremecerse ante él, de terror.

Perseguido fue antes de nacer, y los tiranos que le persiguieron temblaban al pensar que no podrían destruirle.

Niño, adivinó á los sabios; hombre, fué idolatrado por los pobres y aborrecido por los malvados.

Cadenas de hierro sujetaban la humanidad; cadenas forjadas por la tiranía, la ignorancia y la maldad.

Y gemían los pueblos bajo aquel triple azote, sin atreverse á levantar las abatidas cabezas.

Y no obstante, la sola palabra de Aquél que se aproxima á Jerusalén, humildemente montado en una pollina, quebranta las férreas cadenas, cura todos los dolores, enjuga todas las lágrimas y hace temblar á los déspotas y á los poderosos.

Y como ensalzaba á los humildes, los humildes le seguían.

Y como inculpaba á los soberbios, éstos le odiaban.

Donde quiera que su mirada se dirigía, vivísima luz iluminaba las tinieblas.

Porque en El, residía la verdadera luz.

Dulce y suave su palabra, llegaba hasta el corazón como el rayo del sol atravesando la dura costra de la tierra, lleva el calor á la raíz de la planta.

Ya está ahí. Miradle.

La humanidad se regocija al verle, porque El, llega para redimirla.

El mundo quiere ser esclavo. El, derramando su sangre, le dará la libertad.

Ya sabéis quien es el que se acerca á la hija de Sión.

Por eso le aclama el pueblo diciendo:

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Ya ha franqueado los muros de la ciudad. Ya está dentro de Jerusalén.

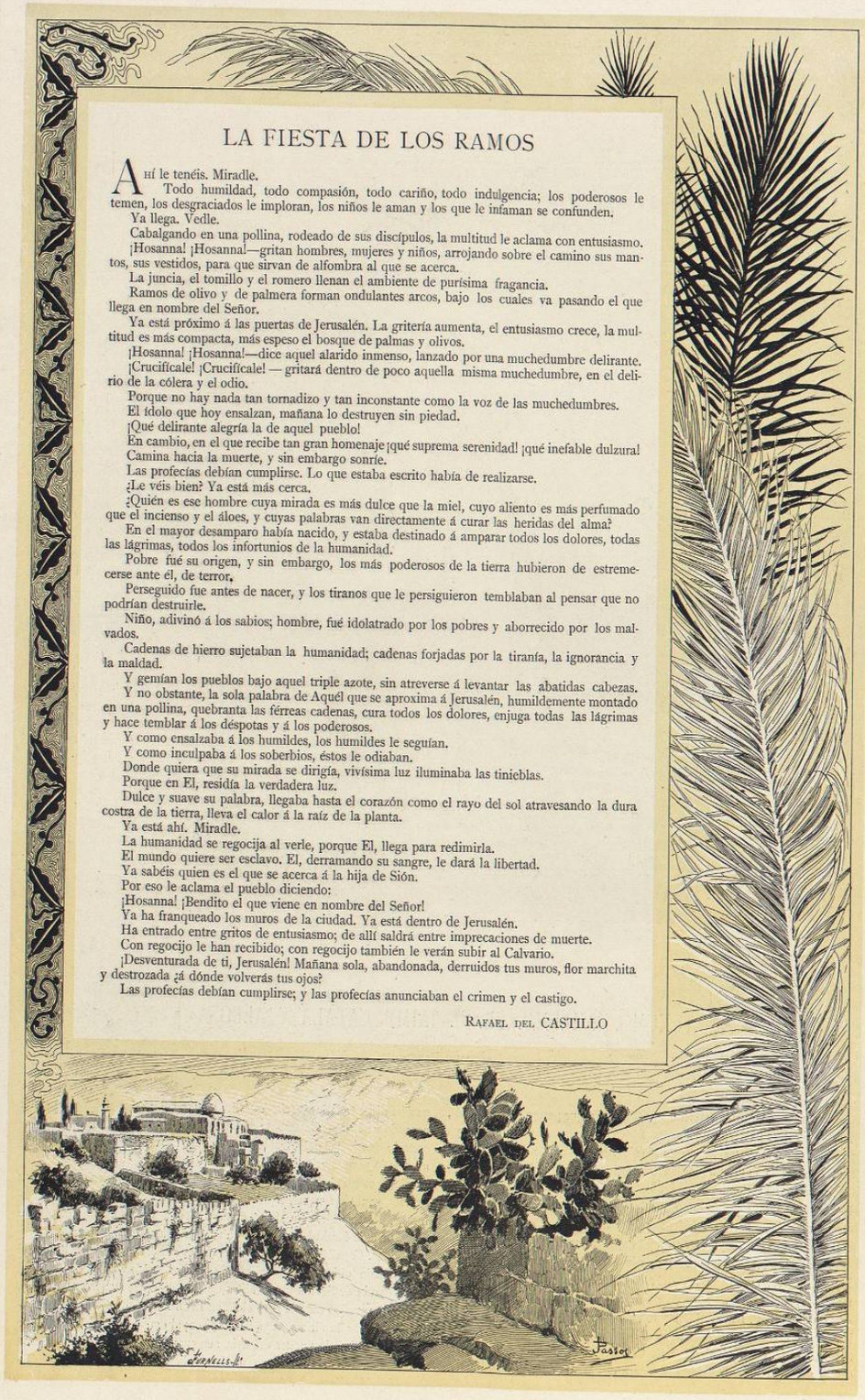
Ha entrado entre gritos de entusiasmo; de allí saldrá entre imprecaciones de muerte.

Con regocijo le han recibido; con regocijo también le verán subir al Calvario.

¡Desventurada de ti, Jerusalén! Mañana sola, abandonada, derruidos tus muros, flor marchita y destrozada ¿á dónde volverás tus ojos?

Las profecías debían cumplirse; y las profecías anunciaban el crimen y el castigo.

RAFAEL DEL CASTILLO

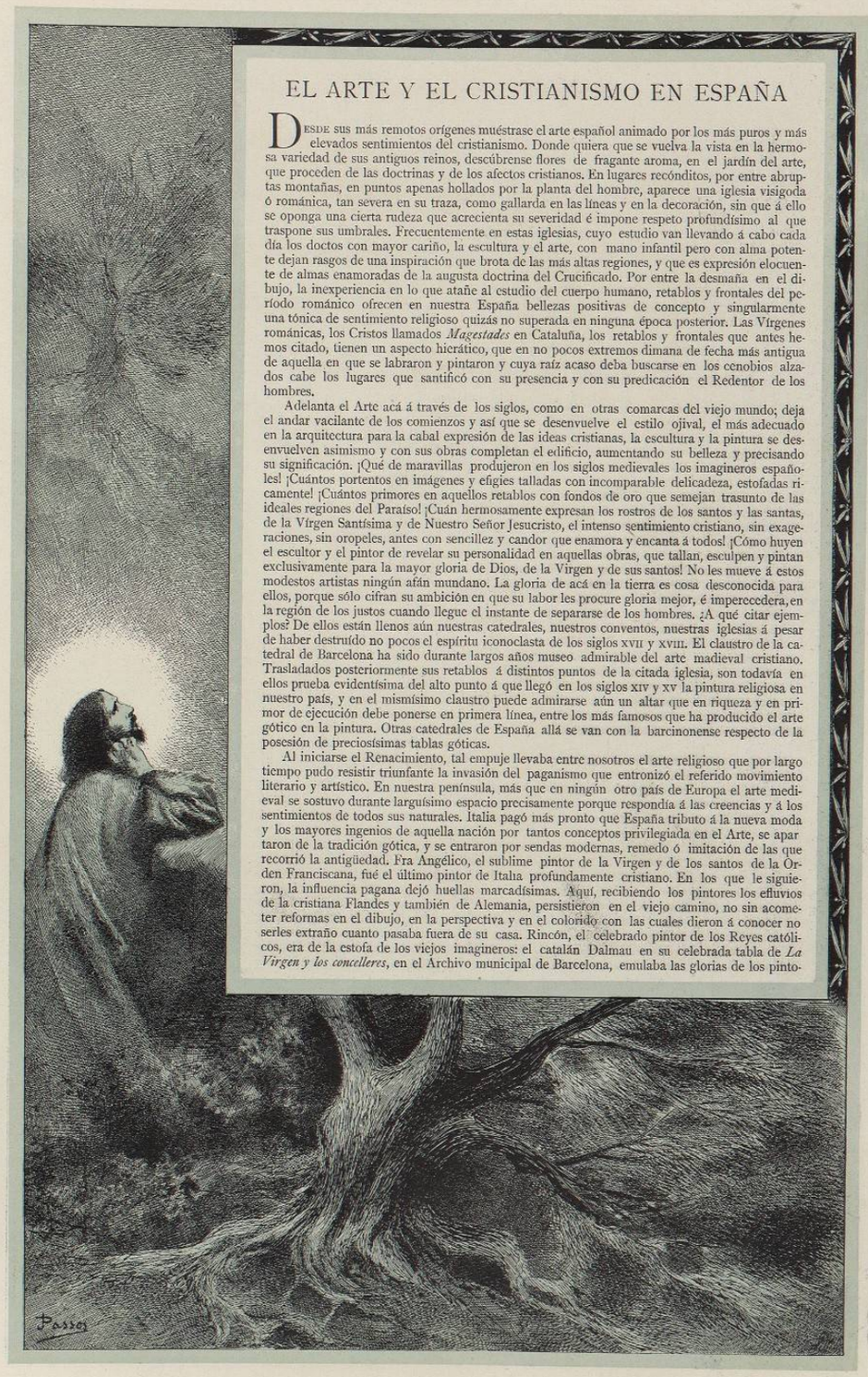


EL ARTE Y EL CRISTIANISMO EN ESPAÑA

Desde sus más remotos orígenes muéstrase el arte español animado por los más puros y más elevados sentimientos del cristianismo. Donde quiera que se vuelva la vista en la hermosa variedad de sus antiguos reinos, descúbrense flores de fragante aroma, en el jardín del arte, que proceden de las doctrinas y de los afectos cristianos. En lugares recónditos, por entre abruptas montañas, en puntos apenas hollados por la planta del hombre, aparece una iglesia visigoda ó románica, tan severa en su traza, como gallarda en las líneas y en la decoración, sin que á ello se oponga una cierta rudeza que acrecienta su severidad é impone respeto profundísimo al que traspone sus umbrales. Frecuentemente en estas iglesias, cuyo estudio van llevando á cabo cada día los doctos con mayor cariño, la escultura y el arte, con mano infantil pero con alma potente dejan rasgos de una inspiración que brota de las más altas regiones, y que es expresión elocuente de almas enamoradas de la augusta doctrina del Crucificado. Por entre la desmaña en el dibujo, la inexperiencia en lo que atañe al estudio del cuerpo humano, retablos y frontales del período románico ofrecen en nuestra España bellezas positivas de concepto y singularmente una tónica de sentimiento religioso quizás no superada en ninguna época posterior. Las Vírgenes románicas, los Cristos llamados *Magestades* en Cataluña, los retablos y frontales que antes hemos citado, tienen un aspecto hierático, que en no pocos extremos dimana de fecha más antigua de aquella en que se labraron y pintaron y cuya raíz acaso deba buscarse en los cenobios alzados cabe los lugares que santificó con su presencia y con su predicación el Redentor de los hombres.

Adelanta el Arte acá á través de los siglos, como en otras comarcas del viejo mundo; deja el andar vacilante de los comienzos y así que se desenvuelve el estilo ojival, el más adecuado en la arquitectura para la cabal expresión de las ideas cristianas, la escultura y la pintura se desenvuelven asimismo y con sus obras completan el edificio, aumentando su belleza y precisando su significación. ¡Qué de maravillas produjeron en los siglos medievales los imagineros españoles! ¡Cuántos portentos en imágenes y efigies talladas con incomparable delicadeza, estofadas ricamente! ¡Cuántos primores en aquellos retablos con fondos de oro que semejan trasunto de las ideales regiones del Paraíso! ¡Cuán hermosamente expresan los rostros de los santos y las santas, de la Vírgen Santísima y de Nuestro Señor Jesucristo, el intenso sentimiento cristiano, sin exageraciones, sin oropeles, antes con sencillez y candor que enamora y encanta á todos! ¡Cómo huyen el escultor y el pintor de revelar su personalidad en aquellas obras, que tallan, esculpen y pintan exclusivamente para la mayor gloria de Dios, de la Vírgen y de sus santos! No les mueve á estos modestos artistas ningún afán mundano. La gloria de acá en la tierra es cosa desconocida para ellos, porque sólo cifran su ambición en que su labor les procure gloria mejor, é imperecedera, en la región de los justos cuando llegue el instante de separarse de los hombres. ¿A qué citar ejemplos? De ellos están llenos aún nuestras catedrales, nuestros conventos, nuestras iglesias á pesar de haber destruído no pocos el espíritu iconoclasta de los siglos XVII y XVIII. El claustro de la catedral de Barcelona ha sido durante largos años museo admirable del arte madieval cristiano. Trasladados posteriormente sus retablos á distintos puntos de la citada iglesia, son todavía en ellos prueba evidentísima del alto punto á que llegó en los siglos XIV y XV la pintura religiosa en nuestro país, y en el mismísimo claustro puede admirarse aún un altar que en riqueza y en primor de ejecución debe ponerse en primera línea, entre los más famosos que ha producido el arte gótico en la pintura. Otras catedrales de España allá se van con la barcinonense respecto de la posesión de preciosísimas tablas góticas.

Al iniciarse el Renacimiento, tal empuje llevaba entre nosotros el arte religioso que por largo tiempo pudo resistir triunfante la invasión del paganismo que entronizó el referido movimiento literario y artístico. En nuestra península, más que en ningún otro país de Europa el arte medieval se sostuvo durante larguísimo espacio precisamente porque respondía á las creencias y á los sentimientos de todos sus naturales. Italia pagó más pronto que España tributo á la nueva moda y los mayores ingenios de aquella nación por tantos conceptos privilegiada en el Arte, se apartaron de la tradición gótica, y se entraron por sendas modernas, remedo ó imitación de las que recorrió la antigüedad. Fra Angélico, el sublime pintor de la Virgen y de los santos de la Orden Franciscana, fué el último pintor de Italia profundamente cristiano. En los que le siguieron, la influencia pagana dejó huellas marcadísimas. Aquí, recibiendo los pintores los efluvios de la cristiana Flandes y también de Alemania, persistieron en el viejo camino, no sin acometer reformas en el dibujo, en la perspectiva y en el colorido con las cuales dieron á conocer no serles extraño cuanto pasaba fuera de su casa. Rincón, el celebrado pintor de los Reyes católicos, era de la estofa de los viejos imagineros: el catalán Dalmau en su celebrada tabla de *La Vírgen y los concelleres*, en el Archivo municipal de Barcelona, emulaba las glorias de los pinto-



DOMINGO DE RAMOS

LITOGRAFÍA H. MUNDAS. BARCELONA

UN MONUMENTO

LITOGRAFÍA H. MUNDAS. BARCELONA